Si en medio las tinieblas le perdia; Mas siempre hallarle en el jardin rodando Con el nuevo relámpago volvia.

Brotó en su corazon sorda sospecha, Y espoleando el honor sus presunciones Pronto entendió que el embozado acecha De su alcázar, ó puertas ó balcones. Y á poco seña misteriosa oyendo Por una reja le alcanzó trepando, Y en ira á él encaminóse ardiendo. Con silenciosa y recatada huella Llegó á la estancia de la hermosa Estrella, Y luz viendo alumbrar la cerradura La airada vista enderezó por ella. Mas apenas la línea habia cogido Que la abertura con la luz marcaba, Oyó como de gente que lidiaba Dentro del cuarto temeroso ruido. Entre él y la bujía en un instante Dos cuerpos á la par se interpusieron, Que á poco en bamboleo vacilante A la par con estrépito cayeron. Lánzase dentro el irritado conde, Y al ver el sitio donde La luz prosigue, la afilada punta Les pone de su estoque á la garganta. Y ¿quién se atreve? vive Dios! pregunta: A cuya voz: ¡Yo soy! Sancho responde, Que de ellos solamente se levanta.

EL CONDE.

Qué es esto, Sancho!

SANCHO MONTERO.

Si es que lo hecho os enoja, Sacadme con esa hoja El alma que os dá el honor.

EL CONDE.

Concluye, Sancho, ese hombre
Que tienes muerto á tus piés
Bañado en sangre, ¿quién es?
—Muza, señor, no os asombre.
Sin miramiento al decoro
Que en vuestra casa se encierra,
Contando iria á su tierra

Vuestra deshonra ese moro.
Yo le esperé y le maté;
Si os culpa su rey, señor,
Tratadme como traidor
Y entregadme, que yo iré;
Pues quiero de mejor gana,
Que el moro traidor me llame,
Que oirle dar por infame
A una noble castellana.

Tendióle el conde la mano Tal oyendo, y replicó: Sancho, así quisiera yo Todo el pueblo castellano. ¿Cuál es el tuyo?

SANCHO MONTERO Espinosa.

EL CONDE.

Eres noble?

SANCHO MONTERO. Hidalgo soy.

EL CONDE.

Tu casa será desde hoy
Y tu familia famosa.
Desde hoy serán mis monteres,
Y de lealtad por gala
Dormirán en mi antesala
Sus bizarros caballeros.
Y lléveme Belcebú
Si temo á nadie en la tierra,
Si en la paz son y en la guerra,
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria Que de su madre guardó, Escuso decirla yo, Pues te lo dice la historia; Recuerdos hay todavía Que atestiguan opulentos Los muchos remordimientos Del conde Sancho García. Diré, pues, la sola cosa Que sus recuerdos ecsigen, Y es que de él tiene origen Los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

INTRODUCCION.

Envidiable es á fé don Luis Tenorio, Su riqueza envidiable y su fortuna: En Cádiz vive del comercio emporio, Y oro sobre oro comerciando aduna.

Jóven, valiente y de encumbrado orígen, No es como otros mancebos altaneros, Que solamente su ambicion dirigen Su orgullo á alimentar de caballeros,

Y en banquetes y amores
Consumen su salud y sus dineros;
Y con mengua y baldon de sns mayores
Mueren entre rufianes y acreedores.

No, vive Dios! Don Luis lleva una espada En el cinto prendida, Y aunque de sangre alguna vez teñida, Con infame traicion nunca manchada Siempre con honra la llevó ceñida.

Cortés, galan y afable, Pronto á satisfacer, jamas esconde Su faz al lidiador mas formidable, Si una ofensa vengar le corresponde.

Pero calculador como valiente, Noble viéndose ya por nacimiento, Que era mejor imaginó prudente No alcanzado morir, sino opulento.

Dióse al comercio, pues, y la fortuna Tan próspera le fué, tan halagüeña, Que no hay empresa alguna En que no doble el capital que empeña. No tiene un buque que á la mar hetel

No tiene un buque que á la mar botado No torne al puerto de botin cargado; Ni hay cambiante en Europa ni banquero Que no admita su firma por dinero.

Ni playa oculta, ni nacion remota Donde suya no aporte alguna vela, Y no le traiga de su tierra ignota Prenda de gran valor en joya ó tela.

Londres, Génova, el Cairo, Alejandría, Venecia... el mundo entero Recorren sus pilotos cada dia, Y siempre afortunados en sus viajes Ni sufren de corsarios abordajes, Ni fiero temporal les descarría.

Mira Tenorio en su fortuna inmensa De su escesivo afan la recompensa; Mas cuanto rico y noble generoso Cual comerciante avaro ú envidioso No calcula ni piensa.

Y no hay en la ciudad triste ó mendigo Que á sus puertas acuda inútilmente, Ni tiene un solo amigo Que con su bolsa en la ocasion no cuente.

Y si un colega el capital espone
Y la fortuna ruin se la devora,
La amistad de Don Luis se lo repone,
Sin desear su mano bienhechora
Del que el favor recibe mas usura
Que gratitud.... y próspera ventura.
Tal es, lector, el hombre

De quien hablarte quiero,
Y cuya historia espero
Que te suspenda el ánimo y te asombre.

No hay en ella magnificas escenas
De combates, y muertes, y sucesos
Estrepitosos llenas,
Ni por objeto mi leyenda tiene
La fortuna y el bien de un grande imperio;
La reaccion que dicen que conviene
Sufra la sociedad; esto es muy serio,
Y no me siento yo con tanta fuerza
Para que el siglo ante mi voz se tuerza
Y varie de faz nuestro hemisferio.

No es para mí tan colosal hazaña:
La sociedad quien pueda regenere,
Yo cantaré despues cuando muriere
La suerte que su afan diere á la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
Con puntas de moral sana y sencilla,
En Castilla aprendido,
A manera contado de Castilla.

Eso sí, miserable y reducido,
Obra infeliz, sin pretension alguna,
Que sale encomendada á su fortuna,
Guento no mas, sin humos de poema,
Que ese es, lector, mi intento
Y no vá mas allá mi pensamiento;
Divertirte y no mas es mi sistema.

DON LUIS.

¿Cómo tan pronto la vuelta? Esplicaos, capitan.

EL CAPITAN.

Cosas son que os pasmarán.

DON LUIS.

Dad pues á la lengua suelta.

EL CAPITAN.

Es pues el caso, señor,
Que acerté en Alejandría
A entrar con el mejor dia,
Y con el sino mejor.
Fuime derecho al mercado,
Mas no bien puse allí el pié,
¿Con quién direis que topé?
Con el mercader pasado.
Asióme con mil estremos,
Y á fuerza ó de voluntad
Metiòme nor la ciudad:

Metióme por la ciudad:
Venid, dijo, y hablaremos.
El calor es escesivo
Capitan, y mientras pasa
Descansareis en mi casa,
Donde vereis que os recibo
Con cuanto agasajo puedo.
—Yo respondí: Y vos, señor.
Vereis á tan alto honor
Cuán agradecido os quedo.

Entramos pues en su casa, Mas válgame Jesucristo! En mi vida habia yo visto Opulencia tan sin tasa. Qué tapices y qué alfombras! Qué joyas de tanto precio! Quedeme en fin como un necio La vista haciéndome sombras. Llevôme á sus almacenes, Y ved cuál me quedaria, Cuando oí que me decia: "Cristiano, de cuanto tienes A tus ojos manifiesto Elige, y no me andes parco: Aquí has de cargar tu barco Que así lo tengo dispuesto. -Señor, imposible.

Cuanto digas será en vano,
No ha de ser nunca un cristiano
Mas generoso que yo.
A tu amo por simpatía
En tiempo ya muy remoto,

Enviele con un piloto Un corto regalo un dia. Hice yo esto nada mas De su esplendidez prendado, Y sin pensar de contado Que se mentara jamás. Pero en el año siguiente El con tu barco me envió Un doble de lo que yo; Admitilo cortesmente, Porque en verdad no creyera Que intentaba desairarle, Mas ganoso de pagarle Cuando ocasion me viniera. Escusándola él quizá No envió mas su barco aquí, Mas hoy te sorprendo á tí Y has de escojer ; juro á Alá! Lo que te plazca mejor Para volverte al momento, Sin llevar mas cargamento Que un presente á tu señor.

Y vos, capitan ¿Qué hicísteis!

EL CAPITAN.

El partido no era malo Y cargué con el regalo.

DON LUIS. Voto á San Gil! ilo admitisteis?

EL CAPITAN.

Por supuesto: aunque en verdad Imposible era escusarlo, Porque él mismo hizo cargarlo Y me echó de la ciudad.

ON LUIS.

Por Dios, capitan Gonzalo,
Que quien sois á no mirar,
Os arrojara á la mar
Con el barco y el regalo.
Cristiano y español siendo,
Sin mirar á mi decoro
¡Os dejais ganar de un moro
En bizarría?

EL CAPITAN. Yo entiendo,

Señor Don Luis, que si veis
Las joyas por vuestros ojos,
Calmareis vuestros enojos
Y mas justicia me hareis.
¿Qué diablos perdeis en ello?
Vos cumplísteis como noble,
Y él volviéndoos un bien doble
No os echa un cordel al cuello.

Y ademas, si el moro

DON LUIS.

Cuanto me digais es vano: No ha de ser nunca un pagano Mas generoso que yo. ¡Esto por Dios me faltaba!
Y de este modo diciendo
Don Luis la vista frunciendo
Por el cuarto se paseaba.

Y Don Gonzalo que vió Su negocio tan mal puesto, Salió del cuarto, y muy presto Con el presente volvió.

Y sin otras precauciones

Para salir de su empeño,

A los ojos de su dueño
Empezó á abrir sus cajones.
Lanzó con gran desenfado
Sin mas mirar por el suelo
Los royos de terciopelo,
Y las piezas de brocado.
Coronó de pedrería
Un inmenso velador,

Desenvolvió diligente Los en cajas y redomas Empaquetados aromas Esquisitos del Oriente.

De lo que á Don Luis traia.

Y mostró todo el valor

Y Don Luis, que aunque disgusto
Y enojo ademas presume,
Tan delicioso perfume
No pudo aspirar adusto.
Tendió los ojos en pós
Del olfato, y de su afan
Saliendo el buen capitan
Esclamó: ¡Gracias á Dios,
Señor, que al fin de mi viaje

Señor, que al fin de mi viaje A ver las cuentas venís! Qué tal, mi señor Don Luis, Qué os parece mi equipaje?

Aunque rédito mezquino
De vuestro enorme caudal,
No es tan pobre capital
Para un capitan marino.
Mostró en sus labios Don Luis

Una sonrisa agradable, Y al capitan dijo afable: Bien prevenido venís. Pero si yo, Don Gonzalo,

A vuestro tesoro atento Decid ; quedareis contento Con la mitad del regalo?

EL CAPITAN.

Vuestro es cuanto yo poseo Y mi deseo es serviros.

DON LUIS

Huélgome, pues, de admitiros La mitad de ese deseo; Podeis, capitan, tomar Lo que os guste, y no andeis parco: Mas preparad vuestro barco Para hacernos á la mar.

EL CAPITAN.

¡A la mar?

DON LUIS.
Sí, Don Gonzalo,
Voy á aprontar un tesoro
Para pagar á ese moro
Por mí mismo su regalo.
EL CAPITAN.

Señor, estais loco.

DON LUIS.

No, Cuanto digais será en vano; No ha de ser nunca un pagano Mas generoso que yo.

Casi un año despues, al occidente Del faro colosal de Alejandría, Un buque de la España procedente Anclas echaba y velas recogia. Vistosas banderelas Adornaban sus altos masteleros. Y las movibles olas Reflejaban las armas españolas, Que izaban los gallardos marineros. Y dos hombres de pié sobre la popa Del moribundo sol á los reflejos, Contemplaban callados á lo lejos Aquel puerto famoso, Del cual como del sueño vagaroso Se habla tal vez en la lejana Europa, Y uno de ellos acaso Rico de hacienda y de instruccion no escaso, Traia á su memoria De aquella poderosa Alejandría La magnifica historia Que escrita en libros aprendió algun dia. Y vagaban sus ojos, Y buscaban en vano sus deseos Los confusos despejos Del soberbio palacio Que elevaron allí los Tolomeos: Buscaban el espacio Que ocupó el Hipodromo, Y el Timonio y las célebres Agujas De la bella amorosa Cleopatra, Y cien otros antiguos monumentos Transformados y rotos á las manos Del tiempo y de los árabes sangrientos. Y en memorias tan mágicas su mente, Y en tan bellos recuerdos abismada, No vía una barquilla que lanzada Surca hácia ellos la mar rápidamente. Una lancha ligera Para una fiesta apercibida era; Y al estilo de Oriente engalanado Venia en ella un grave personaje Por remeros esclavos remolcado, De súbditos humildes circundado. Que servil le rendian homenaje. Y ya á distancia corta Llegar del buque anclado La gran tripulacion miraba absorta,

Cuando al hombre en memorias abismado Que en la popa seguia distraido Llegóse el capitan alborozado Con rapidez diciéndole al oido: Don Luis, el mercader.

—¡Qué es, Don Gonzalo?
—Que ese bote que viene hácia nosotros
Os trae al mercader que hizo el regalo.
—Ved qué hablais, capitan.

—Don Luis, lo dicho:

De mi venida....

-Su atencion es mucha,

-Mas la noticia

Y mucha su malicia.
Seguro estoy, don Luis, que no ha pasado
Un dia en que en la playa
No haya, diestro, vigías apostado
Para vernos venir.

-iCreeislo?

Pero vedle que llega: Lo mismo que es su porte magestuoso Su corazon es noble y generoso. Y aquí la voz el capitan alzando Mandó tender la escala, y tal empeño Y tal estimacion viendo su dueño, Con sonrisa amorosa y rostro blando Los brazos tendió al árabe, que en ellos Los suyos enlazando, Con emocion oculta sollozando Los rizos le besó de sus cabellos. Y con muestras de amor nada postizo, Títulos cariñosos prodigóle En español purísimo y castizo, Y de aquesta manera al fin hablóle: -Generoso español, ya me temia Que tu gallarda y singular nobleza A este punto por fin te arrastraria. Sí, siempre con certeza te esperaba Y á recibirte apercibido estaba, Y aposento en mi casa te tenia. Ven, y ya que servirte Allí me ofrece mi dichosa estrella, Noble hospitalidad verás en ella. Ven á mi casa, amigo, Y que tu gente toda Venga si quieres á la par contigo. Así el árabe dijo: y respondiendo Cortesmente don Luis à sus razones, Pasó á su lancha á su amistad cediendo, Que el capitan llevase disponiendo Su equipaje tras él, y los arcones, En que sabia el capitan Gonzalo Que llevaba las tornas del regalo.

> Lector, si acaso has leido En mis viejas poesías Las que he puesto yo en olvido Orientales fantasías, Y si aun te acuerdas de aquellas

Historias peninsulares,
Que son en verdad tan bellas
Como pobres mis cantares;
De aquel palacio en Granada
Con jardines y con flores,
Do hay una fuente dorada
Con mas de cien surtidores;
Si aun te acuerdas de aquel moro
Cuyo parque y señorío
Coje, de encantos tesoro,

Toda la orilla de un rio;
Donde la altiva palmera
Y el encendido granado
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado:

Donde el robusto nogal; Donde el nópalo amarillo, Donde el sombrío moral Crecen al pié de un castillo:

Y hay olmos en su alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Pájaros presos que cantan:
Aquel moro que promete
Con altivez mahometana
En su oculto gabinete

En su oculto gabinete
Dar á una esquiva cristiana,
Riquísimos terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia cautiva velos
Y de Cachemira chales;

Blancas y sutiles plumas
Para que adorne su frente,
Mas blancas que las espumas
Que alzan los mares de oriente:
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios amor:

Si aún, lector, no has olvidado Las canciones que algun dia En honra y préz he entonado, Del bello tiempo pasado, Glorioso á la patria mia:

Del tiempo de aquel Boabdil Que lloró sobre el Jenil Sin amparo que le acorra, Como una cobarde zorra Entrampada en un redíl,

De las torres orientales Que levantando insolentes Sus agujas desiguales, Mecen las auras corrientes En trémulas espirales:

Y las cifras misteriosas Que eual labor sin objeto De esas cuadras ostentosas, De crónicas amorosas Guardan el dulce secreto: Y los anchos sicomoros,

Y los anchos sicomoros, Y los arroyos sonoros Que llevan marcas y nombres, Que no entendemos los hombres
Y que comprenden los moros:
Y las hondas galerías
Que se esparraman sombrías
Del palacio en el recinto,
En faz de intrincadas vias
De confuso laberinto;
Y los mágicos retretes,
Y los frescos gabinetes
Do la sultana adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Si de estos cantares mios Y de esta morisca historia Guardas idea ó memoria, ¡Oh buen lector! hasta hoy, Solo una imágen mezquina Todo esto te representa, De la mansion opulenta Donde á conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua Ni fuerza en mi fantasía, De la hermosa Alejandría Y del rico mercader, Para contar sin agravio De la ciudad, ó del moro, De este el inmenso tesoro, De aquella el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños
De imponderable riqueza,
De voluptuosa pereza
Y de embriaguez oriental,
Veíanse realizados
Del árabe generoso,
En el palacio ostentoso
Desde el magnifico umbral.

Y deslumbrados y atónitos Los ojos del sevillano, Su mente aspirando en vano Tal riqueza á comprender: Seguia absorto y hundido En mágico arrobamiento, Por uno y otro aposento, Los pasos del mercader.

Los mas preciosos tapices
Do quier vestian los muros,
Y los perfumes mas puros
Humeaban por do quier.
Gozaba ansiosa la vista
Los mas brillantes colores,
El aura ecshalaba olores
Y henchia el alma el placer;

Condujo á don Luis el árabe A un voluptuoso baño, Que de agua llenaba un caño Destilada de azahar, Donde esclavas le sirvieron Refrescos en ricas copas, Y sutilísimas ropas Con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle
De su ablucion el sosiego,
Y acompañáronle luego
A un oloroso jardin,
Donde mostrando su huésped
Cuánto agradarle desea,
Previno, á usanza europea,
Un opíparo festin.

Sirvieron profusamente
Los mas gustosos manjares,
Con danzas y con cantares
Acrecentando el placer:
Y encomiándole lo mucho
Que el de don Luis le interesa,
Los honores de la mesa
Le iba haciendo el mercader.

Mandó don Luis que trajesen El presente que traía, Conque á devolver venía Al moro su antiguo don: Y este de amistad sincera Llenos en llanto los ojos, Fué á recibirle de hinojos Con grave satisfaccion.

Con amorosas palabras
Elegantes y sentidas,
Gracias le dió repetidas,
Y su presente encomió.
Y así, encendiendo sus pipas
Donde aromas aspiraban,
Mientra un punto reposaban,
Tal plática se entabló:

DON LUIS.

Pues solos, buen moro, estamos Fuerza es que amigos hablemos.

EL ARABE.

Solo serviros debemos; Hablad pues, que os escuchamos. Luz, ¡oh cristiano! y honor Verterá en mí vuestra boca: De vos aprender me toca, Y héme ya atento, señor.

DON LUIS.

Que me escuseis os suplico Ceremonias orientales: Amigos somos, é iguales.

EL ARABE.

Si os place así, no replico.

DON LUIS.

Ahora bien: por mi presencia Nada ha de ostentarse aquí: Vivamos como sin mí, Suprimid tanta opulencia. Quiéroos con sinceridad; Si me quereis con nobleza, Pienso que tanta largueza Desfigura la verdad.

Derramar vuestro tesoro
Por obsequiarme, no es justo;
Ireme, y con gran disgusto,
Si dais en prodigar oro.
Sé que os servisteis mandar
Regalar mucho á mi gente,
Y el vulgo asaz maldiciente
Podrá de ello murmurar.

ET. ARABE

Murmure cuanto quisiere;
Mas pláceme antes de todo,
(Porque amaros de este modo
No en mí estraño os pareciere),
Esplicaros la razon

De esta amistad que os profeso.

DON LUIS.

Ansioso estaba yo de eso.

Pues estad con atencion.

Aunque de Siria nacido
Bajo el abrasado sol,
Mucho ¡ay de mí! de español
Con la sangre he recibido.

Mi padre nació en la orilla
Del cristalino Genil,
Y lidió por Boabdil
Con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él,
Y con su hacienda cargando
Pasó al Africa, llorando

Su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra,
Siempre con él inconstante,
Desventurado y errante
Anduvo por mar y tierra.
Paró por último aquí,
Dióse en el último tercio
De su ecsistencia al comercio;

Y en este tiempo nací.
Los españoles cantares
Con que lloró su fortuna,
Me arrullaron en la cuna
Al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia
Las sentidas tradiciones
Son las primeras lecciones,
Y aprendí yo de memoria.

Y así pasaban sus dias En regalos y banquetes, Prolongando sus orgías Hasta el matutino albor. Mezclando el lujo de oriente Con la ilustracion de Europa, Su vida va viento en popa Por el golfo del amor.

Las esclavas mas hermosas Escogidas en Circasia, Con todo el fuego que el Asia Enciende en su corazon, Allí á don Luis encadenan Con sus gracias seductoras, Y allí se le van las horas, Y con ellas la razon.

En el deleite adormido Y en la molicie, no piensa En una riqueza inmensa Que se disipa por él; Y olvídase que su huésped Por mas que sea opulento, Derrama el oro sin cuento Por festejar á un doncel.

Esclavo de su indolencia,
De que resbala se olvida
Tan torpemente su vida
De una en otra bacanal:
Y que depuesto el decoro
De un caballero cristiano,
Vive como un africano,
Materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre De su presente ventura, Tal vez su gente murmura Supersticiosa ademas. Y hasta el capitan Gonzalo De su placer compañero, Con su silencio severo Se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda
La boca de aquel abismo,
Y en cuentas consigo mismo
A solas al cabo entró.
Y una mañana bajando
Del árabe al aposento,
Con irrevocable acento
Su partida le anunció.
Tan pronto os vais?

—Es preciso.
Rápido el tiempo se me huye
Y cada instante me arguye
Las pesadumbres que os doy.
Mañana me hago á la vela,
Mirad qué habeis de mandarme.
—; Tan pronto quereis dejarme?
—Resuelto á partir estoy.

Súplicas, ayes, caricias Y especiosas reflexiones, Fueron vanas tentaciones Para el alma de don Luis. Y el mercader comprendiendo Que su afan seria inútil, Díjole al fin desistiendo: Sea, pues, como decís. Mas vano es que de mi casa
Salir su merced pretenda
Sin llevar alguna prenda
Que le recuerde mi amor.
Venid, español, conmigo,
Venid á mis almacenes,
Y escogereis de mis bienes
Lo que os parezea mejor.

DON LUIS.

Para jamas olvidaros Me bastan vuestros favores, Que son las prendas mejores De vuestro amor para mí.

EL MERCADER.
Esas escusas efímeras
No tienen para mí peso.

Buen moro, desistid de eso,

Que no ha de ser.

EL MERCADER.

Será, sí.
Sin una prenda elegida,
Yo partir no he de dejaros:
La mano no he de soltaros
Primero que la escojais.
Venid.

Os sigo á la fuerza
Pues que me llevais asido,
Mas á ello estoy decidido
E inútilmente porfiais.

EL MERCADER.

Ya teneis ante los ojos Cuanta riqueza poseo, Ahora decidle al deseo Que pida y sin poquedad, Porque sin un don precioso Que no avergüence mi mano, Seguro estad, castellano, Que no os vais de la ciudad.

DON LUIS.

Yo en permanecer en ella Por vos forzado consiento, Mas espiaré el momento De partirme y la ocasion. Y de vuestro amor entonces No una amistad cariñosa, Sino gratitud forzosa Guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera
La voluntad solo quiere,
Y la voluntad prefiere
Al mas preciado valor.
Vuestros dispendios me enojan,
Y si hemos de ser amigos,
Los cielos me son testigos
Que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro Que aquí me mostrais admito, Lo ya hecho es infinito Y el oro me sobra á mí. Vuestros pasados regalos Son ya escesivos, y en ellos, He visto dones tan bellos Como los que veo aquí.

Y en fin, de obrar libremente Os dejo absoluto dueño, Mas tan tenaz es mi empeño Que dél no me apartareis.

EL MERCADER. Está bien, pues tal cuidado

Os tomais por mi tesoro, Cosa os daré que con oro Adquirirla no podeis.

Y así el mercader diciendo
Con paso acercóse grave,
A una puerta cuya llave
Volviendo con rapidez,
Mostró á la vista asombrada
Del generoso cristiano,
Un portento soberano
De lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron En otra ninguna estancia, Tan deliciosa frangancia, Encanto tan seductor. La luz del sol entoldaban Pabellones de colores, Y preciosísimas flores Mirábanse en derredor.

Allí en torno de los muros. Veíanse blandos lechos, De frescos tejidos hechos Convidando á reposar. Allí se oia el murmullo De una fuente azafranada, Que en una taza dorada Se vertia sin cesar.

Allí á su riego crecian En ricos jarrones chinos, Los claveles purpurinos Que el Cairo tan solo dá. Y el tulipan soberano Que Stambul adora y cria, Y la flor que á Alejandría Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
Cuyo esquisito perfume
El aire jamas consume
Ni le llega á evaporar,
Por la cual diera una hermosa
De la nublada Inglaterra,
Cuanto mar cerca su tierra
Cuanto oro coge en su mar.

⁽¹⁾ Noté pel auros. La historia del mercader de Alejandría compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimirla en este tomo.

Allí brotaba en cada ángulo De la magnífica estancia, Llenando con su fragancia Toda el aura en derredor, Y los huertos mas mezquinos Profusamente la abortan, Y las esclavas la cortan Para darla á su señor.

Allí del galan Tenorio,
La deslumbrada pupila
Desmenuzando vacila
Tanta opulencia oriental,
Y el agua, la luz, las flores,
Los naturales primores
Compiten con los mayores
Del oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,
Aquellos baños de plata,
La tornasolada y grata
Claridad que reina allí:
Los muebles que allí se ostentan
Y de quien ignora el uso,
A don Luis tienen confuso
Sin saber lo que es de sí.

¡Qué son estos aposentos
Do lujo tal se atesora?
¡Qué santo espíritu mora/
En este abreviado edem?
Así Don Luis se decia
Contemplándolo prolijo,
Cuando el árabe le dijo:
"Esto, Don Luis, es mi harem."

Es el harem; allí el árabe Del vulgo envidioso oculta Su mas preciado tesoro, El colmo de su ventura. Bella mansion de deleites Que solo el amor acupa Es el harem donde se hallan, Santuario de la hermosura. Santuario donde profanos Penetrar no osaron nunca Los ojos de ningun hombre Con la cabeza segura. Allí están no las esclavas Que ante su señor se turban. Sino las reinas que gozan Con voluntad absoluta. Las mugeres que á les mores Les place tomar por suyas, Cual sus costumbres permiten Y sus leves no repugnan. Allí bajo techos de oro Y pabellones de plumas Para el placer se conservan Encantadoras y puras. Baños de esencias suaves Su bello cuerpo perfuman,

Preciosas telas se visten Y dulce son las arrulla. Negras cautivas las sirven Que por do quier las circundan Para su capricho esclavas, Para su servicio muchas; Jardines tienen abiertos De frondosidad oscura, Do alegres pájaros trinan, Do frescas fuentes susurran: Do de los árboles altos La espesa sombra confusa El aura abrasada, templa, Y el sol entolda y ofusca; Donde en hamacas de seda Muellemente se columpian Del céfiro acariciadas Que en la hojarasca murmura. Donde en el césped mullido Al son de animada música En danzas voluptuosas Giran, se trenzan y anudan. Donde en los buecos que ofrecen Mil artificiales grutas, Sus bellos cuentos de fadas A oir v contar se juntan. Y alli mientras la tormenta Recia se desgaja en lluvias, Y brilla con el relámpago Y con el trueno retumba, Con lámparas de alabastro Allá en el fondo se alumbran Y con cantares alegres A la tormenta conjuran. A una de aquestas mansiones De artificiosa estructura. Alcázar de la belleza Y red del amor, fué en suma Donde el mercader condujo Con gran silencio y mesura Al rico Don Luis Tenorio Que su intencion no barrunta. Y en una de estas mansiones, La mas lejana sin duda Pero la mas ostentosa Que en sus jardines se oculta, Fué donde encontró Tenorio Tal vez para su fortuna Cinco doncellas bellisimas Cual él no las viera nunca. Las veintidos primaveras No cuenta acaso ninguna. Aunque veinte mil hechizos En cada cual se alumbraban. Nacion y raza distinta Su forma distinta anuncia De su belleza el carácter Y el trage diverso que usan. Gallarda la georgiana Ostenta medio desnuda Sus académicas formas, Su tez senrosada y húmeda: Mas perezosa la indiana

Entre blancas vestiduras Su piel de azabache muestra Sobre un almohadon de pluma. Los velos de oro que flotan Hasta tocar su cintura, Su triste mirar, su tez Pálida como la luna, Descubren á una italiana, Que aunque mucho disimula, Por ver las playas de Nápoles Cambiara cuanto disfruta. Sus rizos espesos de ébano, Negros ojos que circundan Largas pestañas, sus manos Blancas, redondas, menudas Y su escaso pié que apenas A sostenerse la ayuda, Descubren á una española Aunque su origen oculta. La dulce voz y el altivo Acento con que pronuncia Y su perfecto contorno Su frente que el ceño anubla Y el cuchillo que colgado Lleva siempre á la cintura, Por una zelosa griega Dan fácilmente á la última. Ante estas cinco bellezas Que no conciben confusas La causa que á un estrangero Hoy traiga á presencia suya, Detúvose el mercader, Y así á Don Luis que le escucha Con voz resuelta le dijo Que trecho no deja á dudas: Estas hermosas doncellas, Don Luis, mis esposas son, No me rehuseis el don Que os quiero hacer de una de ellas. Yo para mi las guardaba; Si enojarme no quereis, Elegid la que gusteis Para esposa ó para esclava. Y ved que esto al escusar Me vais á hacer una ofensa Tan solemne y tan inmensa Que jamas la he de olvidar.

Signaph DON LUIS, the literal

Elegid, pues.

Dios no quiera
Que nuestra amistad un dia
Turbe por desdicha mia
Mi resolucion postrera.
Una de ellas tomaré,
Y si al fin fuere gustosa
La tomaré por esposa
Convirtiéndose á mi fé.
No sé que pueda apreciar
De mejor modo este don,

EL MERCADER.

Ni yo que mi corazon

Lo pueda nunca olvidar.

Y aquí despues de un minuto De meditación profunda, Entre las cinco sultanas Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta Poco á poco de una en una, Y asió al fin de la española La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto-Mostróle señal alguna Que del árabe anunciara Ni el gusto, ni la amargura

Salió del harem en calma, Y al elevarse la luna Por el azul firmamento Alzando montes de espuma, Salió aquella misma noche Del puerto en que se asegura, El barco en que van á Europa Don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle
Con desolacion profunda,
Por el través de dos lágrimas
Que sus pupilas le anublan,
Quedó mirando las velas
Que en precipitada fuga
Se llevan cuanto idolatra,
Y amor y amistad le hurtan.
Con ellas parte Zulima,
Y el árabe en su hermosura
Tenia puestos los ojos...
¡Mal haya á Dios su fortuna.

Secretos hay que debian En el corazon quedar, Y en el corazon ahogarse Para no alzarse jamas.

Fiado en la buena causa
De su generosidad,
Su secreto puso el árabe
En las manos del azar;
Y la suerte que de todos
Se mofa al fin por igual,
Atropelló su secreto
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima, La sultana que amó él mas, Y cen su amigo la bella Los mares cruzando ya. Las amorosas palabras Del sevillano galan, Pronto la harán olvidarse De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora, Pues nunca pensara tal,